

Un mundo de inmigrantes

*Texto publicado originalmente en el semanario Brecha <http://brecha.com.uy/un-mundo-de-inmigrantes/>

Las rutas de Enrique

Miles de millones caminan al costado de una ruta a esta misma hora, patean veinte, cuarenta, sesenta kilómetros y paran a descansar, a juntar fuerzas. En las fronteras le espera lo peor, cárcel, hambre, enfermedad y varias veces la muerte. Esta es la historia de Enrique, que salió de un país en guerra, escapado, escondido y así pasó años dando vueltas por el mundo hasta que de a poco se fue construyendo un hogar. Esta no es la historia de los otros millones de refugiados que salen corriendo de un país en guerra, pero podría serla.

Enrique, digamos que se llamaba así, aunque él a veces decía llamarse Wilson y otras tantas usaba su nombre de oriente, una recurrencia de consonantes imposibles de pronunciar. Tiempo después de conocerlo tuve la suerte de verlo varias veces hablar en su idioma, intenté inútilmente descifrar algo. Finalmente, las veces que pude verlo interactuar con sus colegas cerré mis ojos e imaginé una charla de pavos reales y una musiquita gutural resonaba en mis escenas.

Varios meses después de conocerlo me dijo que quizás en el futuro podría volver a su país. Hasta entonces nunca me imaginé que Enrique quisiera pegar la vuelta, pero entendí enseguida que la ilusión de ser libre se insinuara en sus momentos de flaqueza cuando ante el conflicto es en la infancia donde incluso los más duros buscan refugio.

Cuando lo conocí llevaba diez años viviendo en Francia y otros tantos huyendo de su país de origen. La primera semana no me habló. Empezamos a trabajar juntos en un restorán del barrio cinco de París, todo era muy chic menos el dueño y la celadora que día por medio me preguntaba cómo era que se llamaba mi país.

A la segunda semana me habló. Por mucho tiempo pensé que su actitud respondía a una de las tantas actitudes misóginas, pero no, este no era el caso. Yo me presentaba ante él tan exótica como él lo era para mí.

Quizás fue diez días después de comenzar a trabajar con él que me preguntó si me interesaba la cocina, seguramente dije que sí, pero sin cuidado agregué que más me interesaba saber la historia de los Tigres Tamul, que si él me podía presentar a alguien de peso en su comunidad, que yo era periodista. A esa altura yo ya no sabía si me interesaba la cocina y mucho menos si seguía siendo periodista. Su respuesta fue rotunda, "*me podés entrevistar a mi, pero primero hay que trabajar*".

Enrique no sabía del descanso, trabajaba desde la madrugada hasta entrada la noche, dormía cuatro horas y esto lo venía haciendo desde muy pequeño. Aunque también pudo estudiar. Un día le pregunté cuando se tomaba vacaciones y me dijo que nunca, que pensaba seguir así hasta los cincuenta y que luego ya no haría más nada. Pero yo no le creí.

Día a día seguí intentando su confianza, hacía todo lo que me decía y cuando me retaba por mis errores, que eran muchos, contrariando a mi genio intentaba no discutir. Recuerdo solo una vez que se enojó, fue porque le dije "*loco*", así que tuve que disculparme y explicarle que de donde yo venía decirle loca a una persona no tenía mayor importancia, y él lo entendió, aunque la vena se le hinchaba de calor a fuerza de explicaciones pude sacarle una sonrisa.

De a poco Enrique me iba dando recetas, y a medida que progresaba en la profesión, él comenzaba a contarme más sobre su vida. Había nacido con las primeras reuniones tamules en 1976. Sri Lanka se había vuelto un país radicalizado en clanes y los tamules no se resignaron a perder su tierra, su gobierno, su poder, así que para el '83 se levantaron en armas reclamando independencia. Apenas caminaba cuando el movimiento se iba organizando en las calles, hasta que un día serían barcos y aviones guerrilleros quienes se harían escuchar.

Desde muy joven supo con quién se iba a casar, con un dinero familiar abrió varias tiendas de venta al por mayor y con el resto de tiempo libre se dedicó a estudiar. Terminó la secundaria y en la Universidad llegó hasta el tercer año de Economía. Pero los ánimos no estaban para estudios, los ataques del ejército se fueron recrudeciendo así como el estudiantado comprometiendo con la causa.

Se casó muy joven, quizás tenía veinte años y poco meses después estaba esperando a su primer hijo. De su matrimonio decía poco, que era una buena mujer y que casarse y tener hijos era solo una forma de organización económico-social.

Demoró tiempo en reconocer su papel en la revuelta independentista, en nuestras primeras charlas dijo que en su familia eran siete hermanos pero que ahora solo quedaban cinco, uno había muerto de golpe y otro de un disparo, y agregó que si hubiera insistido en quedarse ese hubiera sido su final.

- ¿Entonces vos no sos inmigrante, sos refugiado?
- Sobreviviente, dijo y seguimos cocinando.

El día que cociné mis primeros *financiers* entre comentarios sobre mi notoria desprolijidad me contó que pasó tres años viajando antes de poder llegar a Francia. Salió de Sri Lanka ayudado por los servicios secretos del Tosis, según dijo, “*en el momento indicado*”. Imagino que fue de madrugada, que la noche anterior debe haber hecho el amor entre sudor y escalofríos, que tenía prohibido el miedo, que miró a sus hijos por la que podría haber sido la última vez, que activó una bomba donde nadie lo viera y escapó. Pero quizás no, quizás solo rezó un poco, comió una cena frugal, aceptó el destino como un día había aceptado a su mujer y su suerte, dejó besos en la frente y metido en la noche, huyó.

Su primera parada fue en Singapur donde algunas relaciones comerciales le quedaban luego de haber participado de un negocio de exportación de telas. En Singapur no se quedó más de un mes, nada lo detenía por allí, así que siguió a Malasia donde esperaba pasar otro mes antes de salir y meterse en Bangkok. Malasia le tomó un año esperando el mejor momento. Asia se presentaba como un puente a Europa, venir desde África era una utopía imposible.

El sureste de Asia vivía un momento de furor luego de su reciente independencia, Malasia estaba en ebullición, la gente se abría paso a empujones, y las ciudades se desplazaban a ritmo acelerado. Bangkok estaba adelante, al llegar a la ciudad jamás imaginó que esta pequeña instancia lo llevaría directamente a Turquía, la puerta de Europa, pero apenas haber pasado la frontera supo que aquí la cosa se ponía jodida.

En Turquía, luego de hacer cola desnudo con otros cientos de reclusos para pasar el control que dividía a los circuncidados de los no circuncidados, lo encerraron. Como una celda no era suficiente, lo bajaron a un sótano sin ventanas y allí lo dejaron hasta que un buen día abrieron la puerta y fruto de una visita de Amnistía Internacional, lo alimentaron. Desconoce cuanto tiempo paso hasta que la puerta se volvió abrir, puede que no mucho, en este caso lo metieron en una ducha comunitaria y lo subieron a un camión lleno de hombres. Cree que quizás eran unos ochenta y cinco. El destino fue Irán. En un galpón donde los vidrios deberían estar llenos de polvo y astillados, de techos altos y vehículos caros los vendieron al valor de doscientos dólares por hombre.

Su vida valía dos billetes con la cara de Benjamin Franklin, nunca me quedó claro si viajaba solo o se movía con más gente. Finalmente me dijo que hizo amigos en el camino, dos indios y dos srilankeses. Cuando preguntaba por los demás, esquivaba mis miradas y tuvimos que cambiar de tema, ese día hice mi primer tarta de manzana.

Trabajé tres meses con Enrique en el restorán, en ese tiempo me enseñó a preparar recetas orientales y compartió los primeros trucos de la cocina francesa, para cuando me echaron él ya era mi amigo. Yo sabía que en el fondo me amaba, pero él solo me preguntaba si había comido, si precisaba algo, y si había llamado a mis padres. Día por medio encontraba cajitas con sorpresas que Enrique cocinaba de madrugada en una sandwichería y que a primera hora dejaba escondidas en mi casillero.

Cinco días después del despido encontró una excusa para ayudarme y que nos siguiéramos viendo a menudo. Me tomó como ayudante en la sandwichería, así que mis lecciones de cocina no se interrumpieron y a medida que me iba acostumbrando a su presencia, él me iba contando nuevas partes de su historia.

En Irán las cosas no fueron más simples, en pocos días lo detuvo la policía y nuevamente quedó encerrado esperando una posible extradición hasta que dos meses más tarde se despertó en lo que de inicio creyó la frontera turca. Pero otro sitio alejado del mar le estaba predestinado antes de poder volver a Europa; Kurdistán, un pueblo dividido en cuatro territorios, en constante disputa, una nación sumida en armas desde antaño no se parecía en nada a un posible hogar.

Le tomó seis meses comunicarse con su familia, conseguir una pensión, recibir dinero, esconderse de las autoridades, fabricar un pasaporte falso y contratar la vuelta a Europa. Para esta nueva empresa pagaría además de pasajes, tres mil euros para volver a pisar Turquía, sin saber que era otra prisión la que se abría en su camino. Esta vez no iría a parar a un pozo, pero la anécdota no tardaría en llegar.

Una noche en pleno sueño lo sacaron de la solapa directo a la caja de un camión. El tipo le gritaba en turco que no se parara, que pecho al piso. Él no movía nada. El camión se detuvo en un camino y la puerta se abrió, el tipo le decía algo, le hacía señas en medio de la noche. Enfrente un bosque, miró al milico por última vez y este le gritó como desesperado, “*run*”. Enrique vio al demonio entre las patas y las puso en movimiento sin consuelo, sin esperanza, listo para recibir el tiro a traición. Pero este no llegó y cuando cayó desparramado ante la nada, intentó no moverse ni un poquito. Respiraba suavemente para no agitar las hojas mientras intentaba ubicar una señal que le devolviera alguna certeza.

Durmió lo que creyó minutos bajo un árbol pero la helada lo despertó en temblores y decidió moverse para mantener el logro. Después de un rato de caminata una casa se cruzó en el camino, una luz demasiado discreta traspasaba la ventana, del otro lado una familia tomaba la cena. Tenían una charla suave cuando Enrique golpeó la puerta, el miedo fue enorme, estaba sucio, lastimado, mal vestido. Pidió misericordia en gestos aunque no estaba muy acostumbrado a fruncirse pero se mostró dócil ante la evidencia de la frontera idiomática que solo permitía el encuentro entre miradas.

Lo invitaron a pasar la noche en el sillón; se pudo bañar, heredó un jean y una campera, y finalmente, le dieron una cobija bajo la que pasó las horas en vela. Para cuando salió del cuarto, la mañana encandilaba la sala y un joven de gran sonrisa lo esperaba en la mesa. El chico se presentó sabiendo inglés, la familia lo había ido a buscar al pueblo a unos pocos kilómetros a primera hora de la mañana y para la tarde le habían conseguido un camión de ovejas que en tres días lo dejaría en Estambul.

Llegó hundido en mierda.

La ciudad cosmopolita, politizada y caótica se presentaba como lo más cercano a esa idea de civilización que contaban en la tele. En Estambul su estatus fue de vagabundo, muchas

veces lo apedrearon por la calle, lo escupieron y corrió a esconderse a las afueras donde el calor le permitió por un tiempo dormir a la vera de un bosque.

Nunca fue fácil comprender a Enrique, tuve que meterme en su vida, escucharlo con atención, pedirle muchas explicaciones, obligarlo a repetir y llegarle a los ojos para entender algo. En cierta ocasión me invité sola a comer a su casa. Allí ya no llegaba el metro, así que me pasó a buscar en el auto y recorrimos veinte minutos de suburbio hasta llegar. El edificio me causó una primera impresión extraña, como las viviendas de Malvín Norte o las afueras de Varsovia cuando el comunista alineaba todo en tono gris. Pensé que la socialdemocracia de los ochenta respondía a una escuela de proyectistas donde el color era sinónimo de despilfarro.

Su familia me recibió con honores, el almuerzo rebosó de exquisiteces caseras y simplicidades tan similares a los guisos de las cenas de mis padres, de la casa en desorden porque quién llega no puede ser otro que alguien de confianza. A pesar de eso, confirmé tal como creía que su familia no conocía los detalles de nuestra amistad y elegí ser discreta y preservar el espacio ofrecido. Al abandonar la casa, su mujer me ofreció una vianda de comida congelada que ella misma había preparado. Eran bocadillos orientales de queso y pollo. Me explicó que solo tenía que descongelar dos por noche y agregándole un arroz tendría la cena. Sentí en sus manos la pena que le causaba mi soltería, en su mirada la solidaridad de quien nada espera del otro. Le agradecí sonriente y saludé a todos con notoria efusividad.

No fue hasta un martes que me llamó luego del trabajo, se oía perturbado, me pidió para tomar un café. Nos juntamos en Saint Michel, compramos dos cafés para llevar y bajamos al río. Hacía frío pero el sol todavía aguantaba la tarde después del mediodía. No me quiso explicar mucho, algo le pasaba pero entendí que me había invitado para olvidarse de ello, así que conversamos de nada, comimos chocolate y antes de irse me regaló unos chicles. No sabía verme partir con las manos vacías. Un poco antes de separarnos en el metro casi como restándole importancia le pregunté cómo había salido de Turquía. Respondió que otros miles de euros lo llevaron a Grecia, escondido, con un pasaporte malayo inició la ruta al centro histórico de Atenas.

Ya en Europa, moverse tenía que ser fácil pero si finalmente lo consiguió fue gracias a las conexiones que le hizo un cura, aunque agregó que lo del cura pasó gracias a la ayuda de una señora.

Nunca me había hablado de “la señora” hasta ese día. Parece que en 2004 un tsunami azotó su ciudad natal en Sri Lanka, sus hijos sobrevivieron, pero su hermano más chico pasaba justo en ese momento por la costa. El desconsuelo fue enorme, el dolor agravado por la ausencia. Esta señora lo vio llorando a viva voz en una iglesia de Atenas, se le acercó e intentó hablarle pero ella no sabía inglés y él no hablaba griego. Lloraron abrazados. Al incorporarse, ella lo invitó a su casa, le dio de comer, le prestó el baño, le regaló dos kilos de manzana y le prometió que intentaría ayudarlo. Al día siguiente esta mujer le presentó al cura que lo ayudaría finalmente a llegar a Francia.

De tanto vagar Enrique comenzó a entender cómo funcionaba esa selva, encontró con quién comunicarse, le dieron trabajo, claramente lo explotaron pero se movió y como a cualquier tipo que anda escapando de la muerte, alguien lo ayudó. Pensé que esa es la única forma de salir de la mierda, sobrevivimos hasta que una mano se extiende y salimos adelante.

Con otros miles de euros más, Enrique entró a Francia, en el aeropuerto una rubiecita de pies pequeños tomaría su pasaporte malayo, lo sellaría y le diría que no se olvide que solo tiene para un mes. La cara de nada, los miles de kilómetros y una vereda limpia donde nuevamente entendía muy poco.

En París lo estaban esperando, le dijeron de un trabajo, él se prestaba para lo que fuera, lo alojaron, le presentaron gente, estaba su gente. En dos meses lo tomaron de ayudante en una cocina, su primer contrato lo firmó con una identificación prestada.

“Nosotros somos todos iguales, los franceses no se dan cuenta”, dijo eso y yo pensé en los doscientos dólares, en mis compañeros indios, pakistaníes, srilankeses, bangladeshíes de los que no recordaba el nombre, o no podía ligarlo directamente con la cara o lo que es peor, difícilmente los reconocería en la calle. Los hombres sin rostro, sin país.

Enrique se destacó en la cocina, aprendió en seis meses lo que en las escuelas se enseña en varios años, aprendió sin saber el idioma, ya nunca olvidaría a ese chef francés que lo

vio inocente con veintiocho años y millares de kilómetros encima y se juró enseñarle el oficio.

Siempre tuvo dos o tres trabajos al mismo tiempo, juntaba dinero, pedía dinero a su esposa, hacía papeles, tendía redes y mantenía reuniones planeando el reencuentro. Siete años más tarde de la terminal uno de Charles de Gaulles saldrían caminando sus hijos, agarrados de la mano con total desconfianza y una mudez que sería estirpe en su familia. su mujer venía detrás.

El doble de tiempo había pasado cuando lo conocí, tenía una casa, un supermercado, una camioneta de cincuenta mil dólares, una cuenta en el banco, conservaba dos trabajos y jamás salía de vacaciones. En catorce años nadie le había preguntado nada. Terminamos de escribir su ruta una tarde en la servilleta de un bar. Salimos a la puerta y nos despedimos como siempre, sabíamos que algo se había terminado, nos miramos unos segundos, por un momento pensé que iba a llorar.

Valentina Viettro
valeviettro.wordpress.com